LEOPOLDO GARCÍA COTTA y JOAQUÍN GARCÍA LEÓN

Húsares de la Princesa

ZARZUELA CÓMICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN CUATRO CUADROS, EN PROSA, ORIGINAL

MÚSICA DEL MAESTRO

EDUARDO FUENTES



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Calle del Prado, núm. 24

1915



Húsares de la Princesa

HÚSARES DE LA PRINCESA

ZARZUELA CÓMICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN CUATRO CUADROS, EN PROSA

ORIGINAL DE

LEOPOLDO GARCÍA COTTA y JOAQUÍN GARCÍA LEÓN

música del maestro

EDUARDO FUENTES

Estrenada en el TEATRO DEL DUQUE de Sevilla, la noche del 26 de Marzo de 1915



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1915

Al caballeroso Comandante de Artillería

D. Luis Taviel de Andrade

y Lerdo de Tejada,

dedican esta obrita, como humilde homenaje a sus altos prestigios científicos, sus atentos admiradores

Los Autores

Sevilla, 1915.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CLEMENTINA	Concha Gil.
CONCHITA	Carmen Noriega.
DOÑA AMPARO	Juana Benítez.
ROBUSTIANA	Isabel Belenguer.
CATALINA	Isabel Roldán.
LA JUEZA	María Pardo
REBOLLO	Emiliano Latorre.
FERREIRO	Enrique Morillo.
DON LAUREANO	Fernando Hernández.
PEPITO LUJÍN	Leoncio Martín.
AURELIO	José Sala.
EL ALCALDE	Enrique E. Garro.
EL JUEZ	Salvador Roldán.
RICARDO	Lino López.
CONEJO	Manuel Villanueva.

Gente del pueblo, coro de señoras y caballeros, soldados, jefes y oficiales

La acción en un pueblo de Castilla la Nueva.

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Telón de campo, pues la acción se supone en las afueras de un pueblecito. Es una mañana de verano.

ESCENA PRIMERA

Al alzarse el telón aparecen en escena DOÑA AMPARO, CLEMENTINA y DON LAUREANO. Distantes y replegados en ala hacia la izquierda, el Coro de hombres, y al frente de ellos PEPITO LUJÍN.

Laur. Las siete en punto; la hora anunciada.

Amp. Y ese Juez y ese Alcalde no sé en lo que piensan, sin llegar todavía.

Laur. Tuviera que ver que lleváramos chasco y no llegara hoy la tropa.

Clem. ¡Ay! No lo digas, por Dios, papá.

Laur. (A Pepito, que gesticula ante el Coro.) Señor Lujín; acérquese, hombre; acérquese y háganos compañía.

Pep. (Acercándose.) Son mis deseos más vehementes; pero todas las instrucciones me parecen pocas para que esos burros no me echen a perder el himno.

Laur. No lo tema usted, hombre, que resultará brillante; al menos por lo que pudimos oir anoche.

Pep. No; en cuanto a la música la cogen perfectamente; es en la letra en la que encuentro deficiencias. Conocen ustedes perfectamente la estrofa que dice:

Como centellas refulgen
los arneses bajo el sol.

Amp. Sí; es preciosa.

Clem. Muy poética.

Pep. Pues ahí precisamente es donde meten el pie. Se les ha metido en la cabeza que los arneses son parneses y no hay quien los saque de sus trece.

Laur. ¡Qué te parece!

Clem. A ver, a ver: escuchad.

Amp.
Pep. } ¿Qué?...

Clem. Me pareció haber oído clarines.

Laur. ¡Es el martilleo de una fragua!...

Amp. Las ganas, hija, las ganas.

Laur. Lo que sí es cierto es que el sol va picando de lo lindo.

Pep. Se conoce que Dios ha oído mis ruegos para que luzca espléniddo.

Laur. ¿Pues?

Pep. Figúrese que me desbarata el himno si no luce. ¿Cómo hubiéramos podido decir: «Como centellas refulgen losarneses bajo el sol» estando nublado?

Laur. Es muy cierto.

Amp. Es verdad.

Pep. No obstante, tenía previsto el caso y a no haber lucido, hubiéramos dicho:

Los arneses no refulgen
por estar nublado el sol.

Laur. Este Pepito Lujín es el prototipo de la previsión. (Haciendo aspavientos hacia la derecha.) ¡Hombre! Gracias a Dios: el Alcalde y el señor Juez; su papá Pepito. (Vase rápido al encuentro seguido de doña Amparo.)

Pep. (Deteniendo a Clementina, con enamroada voz.) Clementina... bella Clemeniina... ¿Cuándo oirán mis oídos de su coralina boca el anhelado sí porque suspira mi alma?

Clem. No sea usté así, Pepito; le he dicho en más de una ocasión que tenga paciencia... que aguarde...

Pep. Sí; que sabré aguardar por ese amor, en alas del cual me siento llegar a la cumbre del arte; por ese amor que me ha inspirado las más divinas estrofas de mi nocturno, porque a vos y para vos lo he escrito, bella Clementina. (Inclínase y marcha a buscar el Coro.)

ESCENA II

DICHOS, DOÑA AMPARO, DON LAUREANO, EL JUEZ, LA JUEZA, EL ALCALDE y CONCHITA

Alc. No había para qué correr tanto; aunque el telegrama anuncia la salida de la tropa, ya anochecido, la jornada es larga y llegarán con bastante sol.

Laur. ¡Cualquiera le hacía comprender eso a mi hija!

Alc. Si no, a la mía.

Juez Igual le ocurre a mi hijo. No sé cómo tiene cuerpo. Desde que supo por don Félix (Aludiendo al Alcalde.) la llegada de la tropa, ni ha dormido ni ha dejado dormir a nadie; primero empezó con lo que él llama canto de salutación, luego compuso la serenata, más tarde... otro canto de despedida, y todo a viva voz y dando gritos.

Amp. Pues de la serenata no nos ha dicho nada.

Jueza Es que quiere daros la sorpresa.

Laur. Pues en nada mejor empleado el tiempo que en ensalzar a nuestro valiente ejército.

Juez No, si me place que tal haga; más también me placería que que cogiera de vez en cuando los libros, pues a este paso, veo que se me queda en orfeonista mondo y lirondo.

Laur. Ved allí, ved allí con qué ardor gesticula. Desde hoy son todas mis simpatías para él, por ser cual yo, un devoto del soldado español.

Jueza Raya en fanatismo.

Alc. Que se junte con don Laureano.

Laur. Yo, sí; a mí se me habla de nuestro ejército y me descubro como ante Dios. Sobre todo siento veneración por los húsares; es su uniforme tan brillante... son tan apuestos...

Amp. Hemos vivido tres años frente por frente al cuartel...

Juez Cuando estuvieron en Madrid.

Laur. Justo.

Clem. Raro era el día que no desfilaba el regimiento por frente a nuestra casa.

Juez Así se comprende que sientan tantas simpatías por ellos.

Alc. Es un deber.

Laur. Un deber honrarlos, pues que honrándolos nos honramos nosotros. Yo, ya sabe usted lo que le tengo encarecido; por mi gusto me llevo entero el escuadrón a mi casa, para que fuese dueño de ella por una semana, por un mes...

Alc. No tanto, amigo, no tanto; solo dormirán aquí esta noche y lo probable es que salgan de madrugada. Mañana a la tarde han de hallarse en el campo de maniobras...

Jueza Mirad, mirad mi Pepe qué atareado está con el orfeón.

Laur. Vamos a alentarlos con nuestra presencia; a darles ánimo.

(Retíranse a rodear el Orfeón, menos Clementina y Conchita.)

Con. Chica, estarás que no cabrás en sí de gozo.

Clem. Ponte en mi lugar.

Con. ¿Os hablásteis mucho tiempo?

Clem. Tres meses.

Con. ¿Y tus padres?

Clem. No sabían nada.

Con. ¿Supones que venga él?

Clem. El que llega es su escuadron.

Con. ¿Y le quieres mucho?

Clem. Con locura, chica.

Con. ¡Si Pepito, el pobre, se enterase...!

Clem. ¡Por Dios, no vayas a decir nada!

Con. ¡Anda, mujer! ¿Y por qué acabásteis?

Clem. Hija, por una tontería .. por nada. ¡Ay, Dios mío, si viniera! Te juro que desde que supe que llegaba el escuadrón no he podido pegar un ojo.

Con. Me ocurre a mí lo mismo y no he tenido ningún novio militar; pero no sé lo que tienen...

Clem. ¿Verdad?

Con. Son muy simpáticos.

Clem. Y muy guapos. ¡Ay, Dios mío; que venga mi Aurelio!

Con. ¡Y otro que no sea tu Aurelio, para mí!

Clem. (Con júbilo, señalando a la derecha.) ¡Ellos son! ¡Ellos son!

Laur. ¡Justo, son ellos!

Pep. (Al Coro.) A ver... todos en línea; a formar. Y cuidado, por Dios, ¿eh? Ritmo. Mucho ritmo..

Música

(En cuanto ataca la orquesta, se engrosa la escena con gente del pueblo, que acude curiosa.)

Qué brillante, qué bizarro
aparece el escuadrón.
Como centellas refulgen
los arneses bajo el sol.
De los corceles piafantes
se oye lejano rumor.
Ya vibrante se percibe
de los clarines el son.
Cual un iris se aproxima
deslumbrante la legión.
Ya se acercan los guerreros
poblando al llano el rumor
de marciales fornituras
que se chocan con fragor.

—

Hiende el aire como un himno
de mando la fuerte voz.
Relinchan los nobles brutos
ufanos de su misión.
Bien venidos los valientes.
Bien llegado el escuadrón.

Hablado

Clem. (A Conchita, con voz de emoción y señalando hacia la derecha, naturalmente.) ¡Aurelio, Conchita, mi Aurelio!

Laur. (Con el mayor patriotismo y descubriéndose.) ¡Vivan los Húsares de la Princesa!...

Todos ¡Vivaaa!...

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Salón amueblado con gusto. Puerta al foro y dos en cada lateral Forillo de jardín

ESCENA PRIMERA

ROBUSTIANA, CATALINA, REBOLLO y FERREIRO

Música

Reb.
Fer. } Gracias a Dios
que marcharon para pasear,
en tanto nos
entregamos nosotros al vals.
Que el baile es
ejercicio de gran precisión
para el militar,
tenga poca o mucha graduación.

—

Cat.
Rob. { Para nosotras también
es el baile preciso de más.
Todo no ha de ser barrer
y planchar y coser y fregar.
Igual que en Madrid,
nos bailamos cuando hay ocasión
lo mismo un vals
que una polca o un rigodón.

(Bailan los cuatro. Léase la nota que se consigna al final del libro.)

Hablado

Reb. Pero ¿se vais a í ya, home? ¡Mardita sea la pena!

Cat. ¿Qué quiere, que vuelvan los señores y nos cojan agarraos?

Reb. Qué van a gorvé; si a mi amo le paese to er tiempo poco pa está al lao de esa rosa de pitiminí.

Cat. Sí, sí: vamos, chica. (Vanse presurosas por el foro.)

Reb. (En voz alta.) Pos darse una güertesita de cuando en cuando, que nos da la má de mieo de vesnos aquí tan solos.

ESCENA II

REBOLLO y FERREIRO

Fer. Chicu, vamus a limpiar, que comu vengan los señuritus y no esté todu listu...

Reb. Home... ¿tú tambié tiés metio en la cabesa que los señoritos van a gorvé enseguía? ¿No te digo que no hay prisa?

Fer. Pus yo dígute que hay prisa.

Reb. (Alzando la voz.) Pos yo te digo que no hay prisa. ¡Cuarquié cosa es lo que se ha encontrao aquí mi amo, pa que tenga prisa por gorvé!

Fer. ¿Estás seguro que es la mesma señurita?

Reb. Pero ven acá, arma de Dios. Cuando entramos en el pueblo y la vido, ¿no me dijo que en seguía averiguara donde vivía?

Fer. Sí.

Reb. Y en cuantito que lo averigüé, no cambió de boleta con er tiniente Gonzale, que era er que venía aquí alojao?

Fer. También; peru esu non quiere decir que se hayan arregladu otra vez.

Reb. ¿Que no? Apenitas llegamos aquí y se queaiou solos mi amo y la señorita, no fué na lo que escucharon estas orejas detrás de esa puerta. (Alude a la primera derecha. Remedando a dos enamorados.) —Mi arma.—Mi amós.—Esto es un sueño.—Qué felisidás.—Tengo mucho que contarte.—Y yo a tis.—¿Cuándo hablaremos?—Esta noche.—¿A qué hora? —A las dose.—¿Dónde?—Ya te lo dirés.

Fer. (Riendo.) Igual que eu cun la criada. Solu que eu tengu adelantadu más que tu señuritu.

Reb. ¿Más que mi señorito?

Fer. Sí; e purque tu señuritu aún nu sabe dunde hablará cun la señurita y eu sí.

Reb. ¿Tú?

Fer. Comu que díjume que me ajuarda esta nu-

che, cuandu duerman lus amus, en el ventanitu de la cucina que da al jardín.

Reb. ¡Home, serán fantesiosos estos gallegos!

Fer. ¿Pur qué?

Reb. Porque a esa mujé se le está conosiendo a la legua que por quien se jase tiestos es por los peasitos de este cura.

Fer. ¡Magras!

Reb. ¿Te apuestas las sobras de hoy a que er que se arregla con ella es mangue?

Fer. Las subras y dus pesetas.

Reb. Dámelas que las cambie.

Fer. ¡Magritas!

Reb. Pero, home, si ustedes no saben dasle coba a las mujeres; lo primero que hay que jasé pa que le tomen a uno eferto es abrasaslas.

Fer. Esu cuandu ya se cunocen de tiempo.

Reb. Eso en seguía. ¿Apuestas un pitillo a que abraso a la primera que entre?

Fer. Apustado.

Reb. Pos ya me lo estás largando, que lo tienes perdío.

Fer. ¡Largaban!

Reb. ¿Que no?

Fer. Que nun; que ya te has fumadu hoy siete de jorra y nun te doy un pitu más.

Reb. ¿De jorra? Pos arma mía, ¿no te los he ganao tos en güena lide?

Fer. E yun sé lo que me sé.

Reb. Güeno. Tú, ¿dónde pusiste la quitapena?

Fer. ¿La quita-qué?

Reb. La botella er vino, mi arma.

Fer. Detrás de ese mueble.

Reb. (Coge la botella y se la empina. diciendo:) ¡Y no diste tú trago antes, camará!

Fer. Lu mesmu que tú agora. ¡Eh... eh!... (Quitándole la botella.)

Reb. Cuarquiera se cura er jipo al lao de este angelito.

Fer. ¿Pur qué?

Reb. Porque hay que beberse siete buches seguíos, y al lao tuyo no hay quien llegue al uno y medio.

ESCENA III

DICHOS y CATALINA por el foro

Cat. Digo, melitares: por la casolidaz, ¿no habéis cogido una botella de vino que había ahí fuera sobre el aparador?

Fer. (Ocultando tras sí la botella.) Nun señora.

Reb. (Con aspavientos) Quite usté allá, parienta. ¿Por casolidá?... Nosotros no cogemos ná por casolidá. (Aparte.) Lo cogemos tó de jecho pensao.

Cat. Yo lo decía...

Reb. (En voz baja a Ferreiro.) ¿Pones er sigarro a que la abrase?

Fer. (Idem.) Puestu está.

Reb. (Con seriedad cómica) Home, a propósito, Ferreiro. ¿Qué te estaba yo diciendo en este momento?

Fer. Nun sé...

Reb. Hijo de mi arma, sobre esta señora.

Fer. (Sin saber qué contestar.) Pues...

Reb. Que es er vivo retrato de mi madre, guasón.

Cat. ¿De su madre?

Reb. Pero clavao. Er mismo entresejo... er mismito corte e cara... ¿Cómo se llama usté?

Cat. Catalina, para servirle.

Reb. ¡Josúuu!... ¡Lo mismito que mi madre: Catalina! ¿Qué edá tiene usté?

Cat. Cuarenta y dos años.

Reb. ¡Lo mismito... lo mismito que mi madre!... ¿Es usté casá u sortera?

Cat Soltera.

Reb. ¡Josúuu! Lo mismito que la madre de éste. (Señalando a Ferreiro.)

Fer. ¡Rebollu... Rebollu!... Nun te me vengas con chirijutas...

Reb. (Abrazando, rápido, a la criada.) Déjeme osté que la abrase, mare de mi arma, que no sabe osté lo que goza un melitá cuando abrasa a su madre.

Cat. (Luchando hasta desprenderse de él.) Quite usté allá, señor... ¡El demonio del hombre!...

Reb. ¿Se va osté a enfaá por eso, patrona?

Cat. A mí no me llame patrona, me llama por mi nombre.

Reb. ¿Y cómo es su gracia, prenda?

Cat. ¿Pues no dice que me llamo cual su madre?

Reb. ¡Ah, sí!... María.

Cat. Así me pareceré a su madre en er físico; como en el nombre. (Dirigiéndose al foro.) Andad y que os coma el demonio.

Reb. (A Ferreiro.) Tú; ya me estás dando er pitillo.

Fer. (Sacando un pitillo del gorro.) A este pasu, te me fumas hoy el liadillu.

ESCENA IV

DICHOS y ROBUSTIANA, seguida de CATALINA

Rob. (Entrando presurosa.) ¡Melitares... melitares! ¡Los señores!

Fer. ¿Nun te lo dije? Y nus pillan sin haber cepilladu las butas.

Rob. (Intentando el mutis.) Las de mi amo ya van a estar listas.

Fer. (Sujetando a Rebollo. En voz baja.) E yun, ¿comu muévume cun estu? (Por la botella, que guarda tras sí.)

Reb. Eres capá de ajogarte en er muñeco e la Girarda. (Con grandes aspavientos, a las mujeres.) ¿Qué bicharraco es ese que está ahí? (Señalando a los pies de las mujeres, las cuales dan un chillido y varias vueltas atemorizadas. Rebollo, aprovechando la confusión, arrebata a Ferreiro la botella y desaparece por la primera derecha; y Ferreiro, libre ya del obstáculo, hace también mutis por el segundo término del mismo lateral.)

ESCENA V

ROBUSTIANA y CATALINA

Cat. (Algo repuesta del susto.) ¿Qué bicharraco dice? ¡Si estos demonios no están locos que venga Dios a verlo!

Rob. ¡Buen susto he llevado yo!

Cat. ¡Si vieras!... ¿qué te parece que hizo antes conmigo?

Rob. No sé.

Cat. Pues que me dió un abrazo.

Rob. ¿Cuál, cuál?

Cat. Ferreiro... ¿no es el andaluz?

Rob. Por los nombres no los conozco. ¿El más feo?

Cat. Ese, sí; dijo que me parecía a su madre, y ¡zás!

Rob. El otro parece más formal. ¿Y es buen mozo, verdad?

Cat. Sí que lo es. Pero, vámonos, chica, que nos van a coger aquí los señores.

Rob. Ahí suenan ya. (Vanse precipitadas.)

ESCENA VI

DON LAUREANO, DOÑA AMPARO, CLEMENTINA, AURELIO, CONCHITA, RICARDO, JUEZ, JUEZA, El ALCALDE y PEPITO LUJÍN

Jueza ¡Jesús, Dios mío y qué calor!

Laur. A descansar, a descansar. El rato ha estado bueno. (Acomódanse todos.)

Alc. Vamos, señores militares, con imparcialidad: ¿qué os parece el pueblecito?

Ric. Una preciosidad.

Aur. Un paraíso en miniatura. Media vida diera por no tener que abandonarle nunca.

Pep. Pasa igual a todo el que nos visita. La primavera sobre todo, es incomparable; y en ella, hay siempre aquí una verdadera caravana de turistas visitando nuestros monumentos.

Amp. De los cuales es usted cicerone.

Laur. Claro; conoce al dedillo el pueblo, y como además entiende en achaques de arqueología...

Jueza Esa, esa es la carrera que quisiera yo que estudiase...

Juez Pero no le llama Dios por ese camino. ¿Verdad, hijo? A él le sacan de sus comedias, de sus versos y de sus cantatas, y no tenemos hombre.

Laur. Los poetas tienden a lo espiritual; aborrecen el materialismo. ¿Verdad, Pepito?

Pep. El vil materialismo.

Clem. Pepito; tenga la bondad de recitar los versos que compuso la otra tarde a los pastorcillos, para que los oigan estos caballeros. (Con guasita disimulada.)

Juez En seguida; en eso no se hace rogar.

Amp. Son preciosos.

Pep. (Con petulancia que quiere ser modestia.) Temo molestar a estos caballeros.

Ric. Al contrario; será para nosotros un placer.

Aur. Un honor.

Pep. Estos versos, inspirómelos una pastorcilla la otra tarde.

Amp. La hija del tío Quejigo, que apacentaba su rebaño.

Pep. (Disponiéndose al recito, que consumará con la petulancia característica de estos hijastros de Apolo.) Digo yo:

Por la verde pradera
dó brota la amapola
cual coágulo sangriento
de herida misteriosa,
vaga la blanca Celia
tejiendo una corona
de moradas violetas
y pálidas magnolias
con que engalana, luego,
su cabellera blonda.
Un zagalillo rústico
desde una parda loma
contempla a la zagala
por quien suspira y llora,
en tanto que el rebaño
pasta, dó Céres pródiga
derramó en abundancia
la esmeraldina fronda,
y el rubicundo Febo
desgranando su ajorca
de rubíes y brillantes
el universo dora.

Laur. ¡Bravo! ¡bravo!

Todos Muy bien.

Con. Inspiradísima.

Alc. Estos poetas, tienen una gracia para divini-

zarlo todo... ¿Quién diría que esa Celia blanca, sea la morenucha Francisca, la tosca y zafia hija del tío Quejigo?

Laur. Esa es la misión del verdadero poeta. Donde toque la vara mágica de la inspiración, ha de ser para embellecerlo.

Juez Sólo así se comprende que el sol desgrane su ajorca de rubíes y brillantes con esa prodigalidad.

Laur. El poeta ve oro en todas partes.

Juez Menos en el bolsillo.

Pep. ¡El materialismo! Siempre el ¡vil materialismo.

ESCENA VII

DICHOS y CATALINA, después REBOLLO y FERREIRO

Cat. (Foro.) Ahí está un señor melitar que trae recado para el señor Alcalde de que el señor Coronel le espera en el Ayuntamiento.

Alc. Dile que inmediatamente me pondré a sus órdenes.

Aur. Debe ser para tratar de la marcha.

Clem. ¡Jesús, y qué prisa muestra el señor Coronel por dejarnos!

Laur. El deber, hija, el deber.

Alc. (Levantándose.) Así, pues, con permiso de ustedes...

Juez (Haciendo lo propio.) También nosotros marchamos hasta la hora acordada.

Laur. ¡Ah! Ya lo creo. Quien me niegue la honra de sentarse esta noche a mi mesa, tiene en mí un enemigo irreconciliable. (A los militares que también se han incorporado.) ¿Qué, también ustedes se disponen a salir?

Aur. Tenemos que ir a tomar órdenes. (Llamando.) ¡Rebollo!

Ric. (Idem.) ¡Ferreiro! (Los asistentes aparecen simultáneamente por las primera y segunda laterales derecha.)

Reb.
Fer. } A la orden.

Ric. Los sables. (Márchanse a cumplir la orden.)

Laur. Espero de vuestra reconocida bondad se dig-

nen invitar a toda la brillante oficialidad del escuadrón a sentarse esta noche a mi mesa según lo prometido.

Aur. Si no hay orden de marchar en seguida, nuestros dignos compañeros se considerarán honradísimos por semejante acto de atención.

Amp. Los honrados lcs seremos nosotros.

Alc. Estimo que la marcha será por la mañana.

Clem.
Con. } Ojalá. (Aparte.)

Amp. Así lo deseamos todos.

Pep. Y yo con vehemencia, así ira más ensayado el canto de despedida.

Ric. Con ello le seremos deudores de una atención más. ¡Ferreiro!

Aur. ¡Rebollo! (Salen precipitadamente Rebollo y Ferreiro cada cual con un sable que empiezan a colgar a sus respectivos oficiales.)

Laur. Pepito: y después de ese canto, ¿qué prepara usted?

Pep. Otro cantc. (A Ferreiro se le cae el sable.)

Reb. ¡Será torpe!

Aur. Calla tú.

Alc. ¿Marchamos?

Aur. Cuando gusten. (Rebollo y Ferreiro quedan a un lado en posición de firmes.)

Alc. Pues vamos.

Con. Yo me quedo hasta que vuelvas, papá.

Alc. Bien, hija, bien. (Márchase hacia la puerta.)

Aur. (A Clementina.) Hasta luego, mi vida. (Idem.)

Ric. (A Conchita.) Señorita... hasta después. (Idem.)

Laur. (Acompañándoles.) Pásenlo bien. (Doña Amparo también les acompaña hasta la puerta. Lo mismo hace Conchita.)

Pep. (Haciendo una reverencia ante Clementina.) Señorita... hasta después.

Clem. ¿Terminará usted el canto?

Pep. Y otro canto. (Los asistentes escuchan atentos este diálogo.)

Clem. ¿A qué?

Pep. A su divinidad.

Clem. ¡Por Dios!...

Pep. ¡Ah!... En las soledades de la noche, siempre me hallareis invocando a la ninfa Egeria, para que me inspire en él cual inspira-

ba al poeta Numa Pompilio. (Otra reverencia y mutis por el foro.)

Reb. (A Ferreiro.) A estos tíos así son a los que en mi tierra le dicen un litri. (Mutis a su habitación. Ferreiro le imita.)

Amp. (Reapareciendo y dirigiéndose a la segunda izquierda.) ¡Jesús; me parecía mentira que iba a poder soltar esta ropa. (Mutis.)

Laur. (Siguiendo a su señora.) Y a mí también. Con seguridad que hoy hemos llegado a los cincuenta grados. (Mutis.)

ESCENA VIII

CLEMENTINA y CONCHITA

Con. Gracias a Dios que podemos hablar a nuestras anchas, hija; estaba impaciente.

Clem. ¿Impaciente, por qué?

Con. Porque me digas algo de lo hablado con Aurelio.

Clem. Puedes suponerlo.

Con. ¿Le has dado cita para esta noche? ¿Dónde?

Clem. En el jardín.

Con. ¡Hija de mi alma, qué envidia te tengo!

Clem. ¿Y tú con Ricardo?

Con. Nada.

Clem. Os ví tan amartelados...

Con. Pues ni esto. Debe tener novia.

Clem. ¡Qué lástima! ¡Es guapo!

Con. Muy guapo.

Clem. Y simpático.

Con. Simpatiquísimo. ¿Qué me hablaste antes del retrato?

Clem. Que me ha dado el suyo Aurelio.

Con. Chica, ¿qué me dices?

Clem. Ven y le verás. (Mutis por primera izquierda.)

Con. ¡Ay, yo me voy a morir de envidia! (Mutis lo mismo.)

ESCENA IX

REBOLLO y FERREIRO. Salen simultánea y precipitadamente de sus respectivas habitaciones y se lanzan con heroismo sobre un objeto que hay en el suelo

Fer. Es míu.

Reb. Es mío.

Fer. (Mostrando triunfalmente un pedazo de habano.) ¡Va a ser tuyu! Lu i cugidu yo.

Reb. Pos mu mar cogío.

Fer. ¿Pur qué?

Reb. Porque me pertenese a mí porque lo vide antes que tú.

Fer. ¡Magras!

Reb. ¿Magras? ¿Tú desde cuándo le tienes echao el ojo?

Fer. Apenitas que lu tirú el señuritu.

Reb. Perdite; yo le eché el ojo apenitas que lo ensendió, y ya sabes que en la melisia la antigüedá vale un grado.

Fer. (Chupando el puro, con socarronería.) Pus si vale un gradu, me fumu el puriñu, purque para mí nun vale ese gradu.

Reb. ¿Sí? Pos si tú te fumas er puriñu, yo me bebo solo er viniño. (Entrase en la primera derecha y sale inmediatamente con la botella.)

Fer. (Al verle salir desplómase sobre la mecedora del lado izquierdo y dice tras lanzar una bocanada de humo.) Habano, de la vuelta de abajo.

Reb. (Hace lo propio en la mecedora del lado derecho y dice tras empinarse la botella.) De Málaga, de la bodega de arriba. (Hay una pausa, en la que el gallego comienza a tararear aires de su tierra, dándole vueltas al puro que fuma.) ¿Ya vas a empesá con la lata e tos los días? ¡Miá que cantá la nana pa distraerse! (El gallego insiste.) ¡Ah! ¿Sí? Pos a mí no me achicas tú.

Música

Fer. Es Jalicia una terriña
preciusiña
como en el mundo no hay dos.

Reb. Donde llega Andalucía
no te metas, arma mía,
que es der mundo lo mejón.

Fer. Hay en mea terra más gracia
que en la túa terra toreros.
Hay en mea terra más gracia
que en la túa terra embusteros.

Reb. Por las calles de mi tierra
está la gracia en montones,
como la sá en las salinas
y en tu tierra los melones.

—

Fer. Es Vigu y Villagarcía
la alegría
de la jallega región.

Reb. Yo conozco a una gallega
que bailando sevillanas
de gusto fué y se murió.

Fer. Un andaluz fué a Coruña
sin tener una peseta,
y tuvo para cumer
que empeñare la culeta.

Reb. Llegó a Sevilla un gallego
y compró unas alpargatas
y queriendo presumí
se las puso de corbata.

Hablado

Fer. ¡Rebollu!... ¡Rebollu!

Reb. ¡Ferreiro!... ¡Ferreiro!... ¿Qué es lo que pasa?

ESCENA X

DICHOS y DON LAUREANO. Después DOÑA AMPARO. Luego CLEMENTINA y CONCHITA, y por último ROBUSTIANA

Laur. (En traje de casa.) ¡Hola, muchachos!

Reb. ¡Uy! Los señores. (Pónese en pie. Ferreiro hace lo propio.)

Laur. ¡Quietos, quietos! (Viniendo a parar al centro.)

Fer. Usté perdone, señor; era que... (En tanto don Laureano vuelve la cabeza a contestar a Ferreiro, Rebollo esconde la botella en la primera derecha.)

Laur. No hay que intimidarse; estais en vuestra casa.

(Entra en escena doña Amparo en traje de casa también, y al verla llegar, Ferreiro se pasa al lado de su compañero. Amparo toma asiento en la mecedora que éste ocupó.)

Reb. Fué una apuesta, ¿sabe usté, señorito? Este que es... paisano der Selita... ¿usté me comprende?... que me dijo que yo no entendía de sofases, y me arrepantigué pa dirle a la contra.

Fer. Es mentira, señuritu; yun nu he díchule nada.

Reb. Home, ¿que no? Miste, señorito, por la gloria de...

Laur. No hay que jurar ni que decir más nada. Os he dicho que estais en vuestra casa. Ahora, una pregunta. ¿Tú eres andaluz, muchacho?

Reb. (Muy serio.) Yo no, señó. Yo soy de Seviyiya.

Laur. ¿Ese es algún pueblo cercano a Sevilla?

Reb. ¡Cá, señó!... Esa es la mesma suidá de la Torre e Loro. ¿Osté no ha estao nunca en Sevilla?

Laur. Nunca. La conozco únicamente por oídas; sé que posee una catedral soberbia...

Reb. ¿La catredá? ¡Cuarquié cosa es la catredá!... ¡Pos y er menumento!...

Laur. ¿Es hermoso?

Reb. Que lo diga éste.

Fer. Nun lu hi vistu.

Reb. Güeno, pos desfigúrese osté que están de cuerpo presente en é tos los santos de la Corte selestiá.

Laur. Pues para albergar tal monumento ya será un pueblo la catedral.

Reb. Más que un pueblo, señorito; a los que van a misa y les toca la cola, hay teléfono pa avisale cuando se tienen que arrodiyá.

Laur. Su torre, la Giralda, es digna por lo visto de tal monumento. Es altísima, según dicen.

Reb. ¡Cuarquié cosa! ¿La Girarda? ¡Cuasi ná! ¿Ostés (Dirigiéndose a doña Amparo.) no han oío nunca desí que er que se muere en Seviya se va a la gloria?

Amp. No.

Laur. (Llevándole la corriente.) Sí.
Reb. Pues é porque cuando uno es difunto, fallecido y cadave, lo sube la familia a la Girarda, ponen ensima der muñeco una siya, ensima e la siya un ladrillo, ensima el ladrillo un mostachón... y en la gloria.
Laur. ¿Es posible?
Amp. (Dando a entender que es mucha bola.) ¡Por Dios!
Reb. Que lo diga Ferreiro.
Fer. Yun nu hi visto nada.
Laur. Bien; no sólo en eso se compendia Sevilla... Su casa de Pilatos...
Reb. *Don* Pilato; que tenía don, si, señó. Como que fué arministraó der mataero lo menos veinte años.
Amp. ¡Qué barbaridad!
Reb. ¿Eh?...
Amp. ¿Pero usté conosió a Pilátos?
Reb. Y a su señora y a sus hijos. Pos no jugué yo na con Pilatiyo a los bolindres...
Amp. (Aspera y desabrida.) ¡Vaya si es chusco!
Laur. (Dando a entender a su esposa que gusta de oirlo.) ¡Déjalo, mujer! (Tirando de petaca.) Vaya, muchachos; para que os lo fumeis a mi salud. (Dale a cada cual un puro. Salen Clementina y Conchita y se acomodan al lado de doña Amparo.)
Fer. ¡Gracias, señuritu!
Reb. ¡Vaya una breva! ¡Ninguna de éstas que me he fumao yo en la Isla de Cuba!...
Laur. (Con satisfacción.) ¿Ha estado en la Isla de Cuba, militar?
Reb. Que lo diga éste.
Fer. Yun no sé nada.
Clem. ¿Con Aurelio? (Rectificando rápidamente.) ¿Con el señor teniente?
Reb. Con mi tiniente, que dió ayí más ruío que un latón yeno de piedras.
Laur. ¿En qué concepto?
Reb. Por lo valiente.
Clem. ¿Es valiente?
Reb. Más que una jineta.
Amp. ¿Ji... qué?
Reb. Jineta. Son unos animalitos paresíos a los gatos, que se crían allá en mi tierra.
Laur. ¿Y son fieros?
Reb. Desfigúrese usté si lo serán, que cuando no

tienen con quién peleá empiezan a arañarse en la barriga, así... así, hasta que se sacan las tripas.

Amp. ¡Qué atrocidad!

Reb. ¿Verdá, Ferreiro?

Fer. ¿Y estadu en tu terra pur acaso?

Clem. Cuéntenos algo de Cuba, militar.

Laur. Aguarda, hija, que con tanto hablar tendrá la lengua hecha un esparto. (Llamando.) Robustiana...

Amp. ¿Qué vas a pedir?

Laur. Que les traiga un buen vaso de vino.

Rob. (Foro.) Señorito.

Amp. Tráete la botella de vino que está sobre el aparador.

Rob. (Indecisa.) ¿Sobre... el aparador...

(Rebollo y Ferreiro se miran intencionadamente.)

Amp. Sí, la que quedó del almuerzo sin descorchar siquiera.

Rob. Es que... se ha perdido, señorita.

Amp. Pues, chica, sí que es raro.

Rob. Yo vine en seguida y le pregunté a los melitares...

Laur. (Muy rápido.) Has cometido una imprudencia con preguntarles. Los militares son incapaces de cometer ningún acto reprobable; sus ordenanzas son muy severas.

Fer. Lu son, sí, señor.

Reb. El artículo segundo, es lo primero que dise: el melitá que en pas o en guerra, robe una botella de vino, cuatro tiros.

Laur. Nada, ha sido una imprudencia de la chica, que ustedes perdonarán. Bien; tráete otra botella de la despensa. Espera. (A los asistentes.) ¿Lo quieren tinto o blanco?

Reb. Que lo traiga de Málaga pa no arrebujá la bebía. (Ferreiro le da un codazo. Rápidamente.) Sí, porque éste y yo habemos comío pasas.

Laur. Como lo prefieran. Anda. (Vase la criada.) Tomen asiento; y a ver si usted, andaluz, nos cuenta algo de su odisea por Cuba.

Clem. Un hecho de los más salientes en que tomara parte el señorito Aurelio.

Con. O el señorito Ricardo.

Fer. E nu ha estadu en Cuba mi tiniente.

Reb. Pos le viá contá... (Aporte.) ¿Qué le cuento?... Sí: la toma de Saramandagüa.

Laur. Hombre, de esa no tengo yo noticias; y cuidado que he leído los periódicos de esa época desde el título al pie de imprenta.

Reb. Es que de aquella arsión no queamos pa contarlo más que yo y mi tiniente, y él no lo dijo porque no le gusta darse bombo.

Clem. ¡Sería horroroso el combate!

Reb. Yo estuve con el habla perdía más de año y medio.

Amp. Bien se desquita ahora. (Aparte.) Se conoce que *las pasas* le han hecho efecto.

Reb. ¿Me habló usté, señora?

Laur. No se interrumpa; conmience a contarnos ese combate. Vamos a ver: ¿fué nocturno?

Reb. ¿Noturnio? ¡Ca!... a la orilla un río. Me paese que lo estoy viendo. Habíamos acabao de comé rancho; la fuersa estaba tendía en un olivá, mi tiniente ar pie un olivo y yo jasiendo sentinela ensima el olivo.

Laur. ¡Pero, hombre, si en Cuba no se crían olivos! Yo he estado allí y no los he visto nunca...

Reb. (Imperturbable.) ¿Qué tiempo jase que estuvo usté allí?

Laur. Unos... treinta años.

Reb. Tiene usté rasón: entonses no se conosían allí los olivos; pero hoy va usté y tos son olivares; va usté por la calle y ve usté a la gente que no comen más que pan y asitunas.

Laur. Puede.

Reb. Güeno; pos estando acostá la fuersa, como digo, veo de vení por lo arto un monte a Maseo, Másimo Góme y Caslito Garsía, ca uno con su partía.

Clem. Llevaría buen sobresalto.

Reb. Ca, señorita, tan fresco como estoy ahora. Me eché abajo del olivo, disperté al tiniente y le dije: mi tiniente, ahí viene la tela.

Con. ¡Qué horror!

Reb. Miste, señorita, ya punto por punto, no le pueo contá lo que pasó; yo segue, y er tiniente segó, y tos segamos, y cuando nos desegamos, nos encontramos yo y er tiniente con que los caballos habían salío a nado por medio de la sangre.

Clem. ¡Qué miedo!
Con. ¡Jesús!
Laur. ¿Solo se salvaron ustedes?
Reb. Y eso por milagro. ¡Pero qué matansa!... Si cortaría yo cabesas que, cuando eché cuenta en el sable, me quedé asombrao.
Laur. ¡Estaría tinto en sangre!
Reb. Ca, señorito: gastao der to. Con desile a ustedes que a la hoja le eché luego unas cachas de güeso y me sirve de navaja barbera. Este se ha afeitao dos o tres veses con ella. ¿Verdá, Ferreiro?
Fer. Yun nu i visto navaja ninguna.
Amp. Sí que es un milagro que salieran ustedes ilesos.
Reb. Er tiniente, sí; yo, no. ¿Ven ustedes esta sicatrí que tengo en la frente?
Laur. Sí.
Con. ¡Jesús!
Clem. ¡Qué lástima!
Reb. Un machetaso que me endiñaron por la esparda.
Amp. ¿Y no les recompensaron?
Reb. ¡Digo! Pos no se armó na en la Habana er día que llegamos yo y mi tiniente...
Laur. ¡Entrarían en triunfo!...
Reb. Tanto era el entusiasmo de la gente, que mi tiniente tuvo que salí a un barcón a jablarle ar público, y, luego, como no nos dejaban, tuve que salí yo también y desirle: señores, que la cosa no ha sío pa tanto.
Amp. ¿Pues no dijo antes que perdió el habla?
Reb. Sí, señora; pero es que yo lo dije por señas.
Laur. ¡Hombre, y yo ignorante de que tuviese en mi casa dos héroes. Deseando estoy de que llegue el señor teniente pare felicitarle.
Reb. (Aterrado.) ¿Qué ha dicho usté?
Laur. Felicitarlo por su bravura.
Reb. Ni que lo piense usté, señorito.
Laur. Hombre, creo que cosa más natural...
Reb. Creerá usté que es naturá, pero usté no conose a mi tiniente.
Laur. Se conoce que es muy modesto.
Reb. Modesto, y, además, que tiene jecho voto que naide se entere.
Laur. ¿Y usted teme...?

Reb. Que si sabe que me he ío de la muy, es capá de jaserme perdé el habla por otro año y medio.

Laur. Nada, hombre, puede estar sin cuidado. (Entra Robustiana con una botella.)

Rob. El vino, señorito. Ahí están ya los señores melitares.

Laur. ¡Hombre! ¿Están ya de vuelta? A ver qué nuevas nos traen. (Dando a Rebollo la botella.) Vaya, muchachos, convidaros: y estas mo nedas para que compréis cerillas con que encender los puros. (Da una moneda a cada uno y dirígese al foro, así como su familia.)

Fer. Muchas gracias, señor.

Reb. (Acompañándoles hasta la puerta.) Muchas gracias, señorito. (Desaparecen los señores. A Ferreiro.) ¡Eh! ¿Qué tá?

ESCENA XI

REBOLLO y FERREIRO

Fer. ¡Rebollu.. Rebollu!

Reb. ¿Qué pasa con Rebollo, arma mía?

Fer. E que si non lu veu, non lu creo.

Reb. Ay, ¿qué, arma mía... er qué?

Fer. Que eres el andaluz más fuleru que en jamás i vistu. ¿Cuándo has tú estadu en Cuba, calollu?

Reb. Güeno, y si no he estao en Cuba... ¿qué pasa?

Fer. Que sería buenu que enterárase el señuritu y partiérate los morrus.

Reb. Pero ven acá, esgalichao. Hay que sabé viví y sabé diquelá er punto fliji de la persona con que se jabla. Al amo e la casa le sigo yo contando combates y acaba con la despensa esta tarde.

Fer. Buenu.. buenu.

Reb. Vamos a ve si apuramos esta enantes que entren. (Dale a beber.) Con tiento, que tú no estás jecho a la bebía y te se sube a la cabesa.

Fer. E capaz soy de beberme una budega. (Empinándosela.)

Reb. (*Quitándole la botella.*) Güeno; po si eres capá de beberte una bodega, aprende a contá también cosas de Cuba.

Fer. E la cunversación guárdola yo para las hembras.

Reb. Po que te den de bebé las hembras.

Fer. Deja que llegue la nuche e dirételu cun la criada.

Reb. Pero, home, entoavía no te has convensío que esa por quien se pirra es por mi persona.

Fer. ¿Cuála?

Reb. La que nos ha traío er vino.

Fer. Fuleru; si hame dicho antes que ajuárdame esta noche por el ventanitu del jardín.

Reb. Pos ahora me ha dicho a mí que le pesa la má de habértelo dicho y que ar que aguarda esta noche es a este cura.

Fer. ¡Magras!

Reb. Y que me dijo por tres veses que no fartara.

Fer. ¡Magritas!

Reb. ¿Te pones las dos beatas que nos ha dao er señorito a que esa es pa mí?

Fer. E púngome dus pesetas, e cuatro pesetas, e veinte pesetas.

Reb. Po ya me estás largando e dos pesetas, e cuatro pesetas, e veinte pesetas, porque has perdío.

Fer. ¡Magritas!

Reb. Ya veremos esas magritas; y anda pa dentro, que ya suena ahí la gente. (*Vanse corriendo, Rebollo por la primera derecha y Ferreiro por la segunda.*)

ESCENA XII

CLEMENTINA, AURELIO, CONCHITA, RICARDO, DOÑA AMPARO y DON LAUREANO. Luego REBOLLO y FERREIRO

Clem. Diga, señor teniente: ¿y no pudiera venir una contraorden?

Aur. Está dentro de lo posible, señorita; pero me atrevería a asegurar que la marcha habrá de efectuarse cuando está decidida, esto es, mañana a las siete de la misma.

Laur. (*Aparte.*) ¿Está todo dispuesto para el té?

Amp. (Idem.) Puedes invitarles cuando gustes.

Laur. Eso te cumple mejor a ti, mujer.

Amp. Si los señores lo desean, podemos pasar a la terraza, donde nos aguarda el té y donde podrán descansar un rato del ajetreo del día.

Ric. Estamos a sus órdenes.

Aur. Lo mismo digo.

Clem. (Iniciando la marcha.) Por aquí. (Salen por el foro, quedando para los últimos Aurelio y don Laureano, el cual apoya sus manos sobre los hombros de aquél, reteniéndole cariñosamente.)

Laur. Bueno, bueno, con el señor don Modesto.

Aur. (Con naturalidad.) Aurelio, para servirle.

Laur. Lo sé, lo sé; quiero decir que debiera haberle llamado así.

Aur. No alcanzo a comprender.

Laur. Pues sí, señor, mi amigo; los extremos se tocan y la modestia en ocasiones no constituye virtud, sino sandez—con perdón sea dicho.

Aur. Como no sea más explícito...

Laur. Es el caso que estoy obligado... y al buen entendedor...

Aur. Me va a ser forzoso reconocer que me paso de obtuso.

Laur. Vamos s ver, señor oficial: ¿qué me dice usted de Saramandagua?

Aur. ¿De Sara...?

Laur. ...Mandagua, sí, señor.

Aur. Pues que no sé quién sea.

Laur. ¿Conque así? ¿Y de Maceo, Máximo Gómez y Calixto García?

Aur. Que fueron generales insurrectos allá en Cuba.

Laur. ¡Don Modesto!... ¡Don Modesto!... ¿Y del discursito que tuvo usted que hacer desde un balcón en la Habana para corresponder al entusiasmo de la multitud?

Aur. ¿De la Habana?

Laur. Sí, señor, de la misma Habana.

Aur. ¿Pero si yo no he estado en Cuba?

Laur. No se esfuerce en ocultarlo, lo sé de buena tinta.

Aur. Señor mío, le juro...

Laur. ¡Vamos!... Me va a ser preciso faltar a mi palabra. Me lo ha contado todo...

Aur. No siga usted: mi asistente.

Laur. ¿Y entonces?

Aur. Es una pura novela lo que le ha contado.

Laur. ¡Caramba! Pues si hasta ha mostrado una cicatriz que tiene en la frente y que él dice ser de un machetazo.

Aur. Es de una coz que le pegó un caballo siendo quinto. Bicho más embustero no lo ha dado a luz madre. Pero yo lo arreglaré. (Como un trueno.) ¡Rebollo!...

Laur. Le ruego a usted no le diga nada, en gracia siquiera al buen rato que nos ha hecho pasar. Marchemos, el té nos aguarda. (Llévaselo suavemente hacia el foro.)

Reb. (Temblando por lo impetuoso del llamamiento. Llegando hasta cerca del teniente.) ¡A la orden, mi teniente! (Ferreiro aparece en la puerta de su habitación.)

Aur. (Volviéndose airado al asistente. Va a reñirle y le detiene la intervención de don Laureano.)

Laur. Nuevamente suplico a usted que le perdone.

Aur. (Con voz que se lo quiere comer con la mirada, a la vez que traspone la puerta.) ¡Nada... puedes marcharte!

Reb. (Comprendiendo. Con estupor.) ¡Camará, sa berreao er tío! (Va a volver a su habilación, deteniéndole la presencia de Ferreiro, que ha bajado a ese sitio.)

Fer. (Cantándole con guasita, imitando a Rebollo.)

«Por las calles de Sevilla
está la gracia en montones.»

(Rebollo quiere comérselo, Ferreiro huye y mientras cae el telón.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Jardín de la casa de don Laureano. Los laterales lo constituyen dos pabellones. En el derecha y en primer término, ventana de rejas, de bastante luz; en segundo término, puerta practicable de acceso al jardín. En el izquierda; en primer lugar, ventanillo sin rejas, que supónese de la cocina de la casa. Al foro de este jardín, verja de hierro tapizada de hiedras y enredaderas, o en su defecto, tapia. Adosados a ésta dos o tres árboles. Al forillo, calle o campo. Banco rústico, macizos de plantas y cuanto contribuya a dar carácter al cuadro sin estorbar a la acción. Al alzarse el telón, aparece la escena sola; y a poco, con arreglo a la música, Aurelio por el segundo término izquierda, y Clementina en la ventana de la derecha. No hay más luz que la de los ojos de la tiple...

ESCENA PRIMERA

AURELIO y CLEMENTINA

Música

Aur. Linda flor de mi esperanza,
bella y cándida gacela,
Sean tus ojos los dos faros
que me guíen en las tinieblas.

Clem. (Apareciendo en la ventana.)
Mi amor, que errante caminas,
sirva mi voz de sirena,
que amorosa te conduzca
hasta el puerto de mi reja.

Aur. (Hablado dentro de la música.) Mi amor.

Clem. (Saliendo al jardín.) Mi vida.

Aur. Permite que estreche tu mano de nácar
como un desahogo a mi loca pasión,
deja que en tu pura frente alabastrina
deposite amante un beso de amor.

Clem. Bendito el instante, bendita la hora
que amor en sus alas te trajo hasta aquí,
juro que en la ausencia te tendré en el alma,
jura que en el alma me tendrás tú a mí.

Aur. Puesta en la cruz de mi espada
la mano, te he de jurar,

que ultrajen a mi bandera
si es que te llego a olvidar.

Clem. Sobre la cruz de tu espada,
por tu honor de militar,
juro que mi amor tan solo
con la muerte acabará.

Los dos Bendito el instante, bendita la hora
que amor en sus alas te trajo hasta aquí,
juro que en la ausencia te tendré en el alma,
jura que en el alma me tendrás tú a mí.
De la noche en el misterio
cual melodiosos salterios,
háblense tu alma y la mía
de las dichas del amor.
Y que la naciente aurora
sorprenda nuestros amores,
cuando da vida a las flores
del jardín encantador.

(Ella hace mutis a la casa y reaparece en la ventana, en donde continuará hablando con Aurelio hasta el final del cuadro.)

Hablado

Aur. Mi alma.

Clem. Amor mío.

Aur. ¡Quién pudo nunca soñar tanta dicha!

ESCENA II

DICHOS, REBOLLO y FERREIRO que aparecen por el ángulo que forma el pabellón de la izquierda, con gran tiento, cogidos de las manos en a obscuridad

Fer. (Haciendo alto.) Silenciu, e si nun me engañu, cerca ha de andar el ventanitu.

Reb. Poco a poco; ¿a ti jasia qué lao te dijo que caía?

Fer. (Receloso.) ¿E aqué ladu díjute a ti?

Reb. No; sí yo te lo pregunto a ver si viene bien con lo que a mí me dijo.

Fer. Pues díjume que al volver la esquina, a la mano dizquierda.

Reb. Lo mismo que a mí; en eso no te ha engañao. Güeno, pos tú aguardas aquí pa que te

enteres y te convensa de lo loca que está la gachí esa por mí.

Fer. Créume que vas a llevar micu.

Reb. Otra cosa: (Quitándose el gorro.) deposita aquí el dinero de la apuesta.

Fer. (Idem.) Depusita tú aquí el tuyu.

Reb. Güeno, pos que varga la palabra. (Siéntese en el ventanillo el ruido de un cerrojo.) ¿Has sentío?

Fer. Sí, que han abiertu el ventanu.

Reb. Y mi nombre; ¿no has oío que me han llamao? (Cual si contestase a la supuesta voz.) ¡Voy, mi alma!

Fer. E yun nu i oidu más que el ventanu.

Reb. Pos me ha llamao; de móo y manera que te estás quieto en ese arbo y no te arteres cuando oigas que nos decimos cosas durse; porque eso es mu naturá entre personas que bien se quieren.

Fer. E menus palabras e manus a la ubra.

Reb. Ya vas a está largándome la guita. (Dirígese al ventanillo con sigilo, ausculta el interior de la cocina y dice:) ¿Es güena la hora pa que dos armas enamorás se pongan en contarto jablativo?

ESCENA III

DICHOS, más ROBUSTIANA

Rob. (Asomándose.) ¿Quién habla aquí en la ventana?... (Aparte.) ¡Jesús, el otro militar! ¿Qué trae por aquí, señor?

Reb. Mira, en cuantito me sigas dando tratamiento vamos a reñí; aquí no hay más que tú por tú.

Rob. ¿Pero quién le ha dao esa confianza?

Reb. Er cariño.

Rob. ¿El cariño de quién?

Reb. De la Vijen del Carmen.

Rob. ¡De la Virgen!...

Reb. Er tuyo, mi arma.

Rob. Vamos, hombre; usté está mal de la cabeza.

Reb. Y tú tiene malo er de repetisión.

Rob. ¿Qué?...

Reb. No hay que disimulá, que si con la boca dises que no, er corasón te está dando empujones pa que me dés un abraso.

Rob. (Con guasa.) Puede.

Reb. Ni puede ni na, sino que es la pura.

Rob. Si tuviese usté otra cara.

Reb. ¿Es que esta cara no sirve?

Rob. Pa mí, no.

Reb. ¿Es que esta cara es tan fea?

Rob. Tan fea.

Reb. ¿Tan fea... tan fea?

Rob. Tan fea, tan fea.

Reb. ¿Y tú no sabes por qué tengo yo tan fea la cara?

Rob. Porque le echaron así al mundo, digo yo.

Reb. Po dises muy malamente. Esta cara te paese tan fea, porque siempre que la has visto está jasiendo pucheros.

Rob. ¿Pucheros de qué?

Reb. Pa rompé a llorá por tu menda, que tiene toas las agravantes de la ley.

Rob. Vamos, usted... Ferreiro o demonios, que no sé su nombre, márchese.

Reb. Ferreiro, pa lo que mandes, mi arma; pero has er favó de no desirme tan seria que me vaya que me lo voy a creer.

Rob. ¡Ay, qué posma! Tendré que darle con la ventana en las narices.

Reb. Escucha dos palabras.

(Háblale en voz baja. Ferreiro que habrá permanecido alejado aproxímase algo más.)

Aur. Parece que se siente hablar en el jardín.

Clem. Serán las criadas que cuchichean en la cocina.

Fer. E paréceme que se está mucho tiempu en el ventanu.

Rob. Nada, que se marche, Ferreiro.

Fer. E paréceme que hablan de Ferreiro.

Reb. Güeno, ya tengo desidío lo que voy a jasé. Subo ahora a mi cuarto, cojo la terserola, la monto, me la pongo así debajo e la barba, le doy gusto ar deo... y gloria inersesi dedo.

Rob. (Riendo.) No le darán tan fuertes.

Reb. ¡Josú!... Tú no me conoses a mí. Estando en Sevilla me jizo a mí una niña un desaire...

Rob. Y se pegó otro tiro.

Reb. Me tomé cuatro pastillas de sublimao.

Rob. ¿Y no reventó?

Reb. No, porque el boticario me conosió las intensiones y en lugá de sublimao me dió cuatro pastillas pa la to. Pero de esta sí que no escapo.

Rob. ¿Entonces dentro de un momento?...

Reb. En el otro mundo; pero antes tengo yo que oí en vos arta su despresio.

Rob. ¿No le basta que le diga en voz baja que no le quiero o cómo desea que se lo diga?

Reb. En tono e saeta.

Rob. (En voz algo más alta que antes.) Pues bien, no le quiero, no y no.

Reb. Eso no basta. Tienes que desí con toas sus letras: «no lo quiero, Ferreiro.»

Rob. (En voz alta.) «No lo quiero, Ferreiro.»

Reb. «Porque es un malaje.»

Rob. «Porque es un mal ángel.»

(A cada palabra de estas pronunciada por Robustiana, hace Ferreiro una contracción de electrocutado.)

Reb. «Y lo digo pa que se entere.»

Rob. «Y lo digo para que se entere de una vez.»

Reb. «Porque al que quiero es a Reboyo.»

Rob. «Porque al que quiero es a Rebollo.» (En voz natural.) Vamos; ¿tiene bastante?

Reb. Y me sobra. (Al ver que Robustiana va a cerrar el ventanillo.) No vayas a serrá. Una pregunta.

Rob. ¿Acabará?

Reb. Pero más pronto. Dime: ¿qué es aquello que se ve ensima de la mesa.

Rob. Medio queso que ha sobrao de la comida de los señores.

Reb. ¡Home, miste qué idea! Has er favó de echarlo pa ca.

Rob. ¿Para qué?

Reb. Porque lo he pesao mejó y he decidío suisidarme comiendo queso.

Rob. (Dando un ventanazo.) ¡Ande y que le coja un toro!

ESCENA IV

CLEMENTINA y AURELIO. FERREIRO y REBOLLO. Al final PEPITO y el CORO, dentro. Cerrado el ventanillo de Robustiana, queda Rebollo un momento indeciso en la obscuridad, momento en el cual suena el estallido de un beso que da Aurelio a Clementina en una mano

Fer. (Tirándose de los pelos por creer que el beso lo ha dado Rebollo.) ¡Miren comu déjase besar la perdida!

Reb. (Creyendo haya sido un beso tirado por Ferreiro.) Sí, sí; tira besitos, que la paloma ya voló. (Empiezan a avanzar el uno hacia el otro hasta chocar entrambos violentamente.) ¡Eh! ¿Aonde se va?

Fer. A decirla cuatru cosas a esa gulfa.

Reb. Ven acá y no seas bruto. ¿No te dije que las mujeres sólo se llevaban por el físico der caraute?

Fer. Pus bien que diju que eras feu como un diablu.

Reb. Pos ahí está er quide. Te dise una mujé, guapo; di tú, no me quiere. Te dise: «bú, que es usté un bú...»

Fer. ¿Y quiérete entunces?

Reb. Con fatigas de tinta.

Fer. Pus a esa júrote que la pungo culorada comu me llamu Ferreiro.

Reb. ¡No!... y con rasón; una partía así no se le debe hasé a ningún hombre.

Fer. ¡Lu qués esu de besarte en mis mesmas narices!...

Reb. (Mirando a todos lados, receloso, queriendo adivinar quién fué el que tiró el beso.) ¿De manera que tú también oíste er beso?

Fer. Y muy claritu que helu oídu.

Reb. (Sacando partido del equívoco.) Y eso que se lo dije: no me des ahora er beso que lo va a oí esa criatura y va a padesé má; déjalo pa otra ocasión, mujé, déjalo pa otra ocasión... pos como si na; que sí, que sí... que me lo pegó. Como que yo no he visto en la vía mujé más majareta por un hombre.

Fer. ¡Gulfa!... ¡Más que gulfa!

Reb. (Con recelo.) Güeno... has er favó... de darme las dos pesetas.

Fer. E nun te doy un perru, ni medio perru.

Reb. (Cogiéndole por la guerrera.) ¡Ay, qué arma mía!... ¿Que no me llevo yo la tela?...

Fer. E la tela sí te la llevarás; pero el dineru dígute que nun.

Reb. (Amenazándole.) Pos ya estás resando lo que sepa, que ya estoy yo sobrando en la melisia.

Fer. E también io. (Luchan ambos y caen a tierra; a poco óyese en la calle el ruido que forman los orfeonistas, que llegan tras la verja o tapia, y la voz de Pepito Lugin, que dice: *Cuidado, por Dios, ¿eh? Ritmo. Mucho ritmo.* (Rebollo y Ferreiro permanecen como estatuas en la posición que los sorprendió el ruido, temerosos de ser vistos.)

Música

(Dentro.)

Pálida luna que alumbras
en la bóveda celeste
cual antorcha de cristal.
De Clementina la bella
estampa un ósculo amante
en la frente virginal.
Auras puras de la noche
saturadas del aroma
del nacarino azahar...
....

(Apenas atacó la orquesta, el teniente refúgiase detrás de un árbol, Clementina desaparece de la ventana, los asistentes, a gatas, buscan la salida, y, en tanto, con el último verso, cae el telón.)

MUTACION

CUADRO CUARTO

El mismo decorado del anterior, con el sólo contraste de haber mucha luz, pues se supone ser la mañana siguiente al día de la llegada de la tropa. Mucha animación. Aurelio pasea con Clementina. Conchita hace lo propio con Ricardo. El Juez, la Jueza y doña Amparo charlan en segundo término izquierda; y en el lado derecho, cerca del proscenio, forman grupo Pepito, el Alcalde y don Laureano. Los militares muéstranse ya preparados para la marcha, o sea, colgados los sables y con cogoteras los roses.

ESCENA PRIMERA

DICHOS

Laur. Sí, señor; es una fineza que nunca olvidaremos. Han comprendido que ayer estuvimos a punto de coger una insolación yendo a las afueras a recibirlos...

Pep. Y con galantería que nunca agradeceremos bastante, acuerdan que ahora, al marchar, desfile el escuadrón por ante la verja del jardín, para darnos así el placer de despedirlos sin más caldeos ni molestias.

Laur. ¿No es para mostrarse ufanos con tales huéspedes?

Alc. Sí, tal.

Laur. Siento, ahora más que nunca, no poseer dotes oratorias para en un discurso poderles testimoniar nuestro reconocimiento. ¿Por qué no habla usted, Pepito?

Alc. Me lo ha quitado usted de la boca.

Pep. Entre los méritos con que plugo a Natura dotarme, está el de la previsión, que poseo en grado máximo. (Saca un pliego de papel.)

Laur. ¿Qué... qué es eso, Pepito?

Alc. A ver, a ver...

Pep. (Leyendo.) Bizarros... valerosos e invictos Húsares.

Laur. ¡Bravo! ¡Valiente!

Alc. ¡Muy bien! ¡Muy bien!

Laur. Traía usted madurado su discursito.

Pep. Espontáneo, rigurosamente espontáneo; pero es el caso que aún no lo he podido aprender de memoria y una interrupción en la oración...

Laur. Causa mala impresión, tiene usted razón; pero... lectura al canto.

Pep. Execro el sistema, por delatar en el individuo carencia de verbo, sí que también parquedad encefálica.

Alc. Pues apunte al canto.

Pep. Eso tenía pensado, pero es el caso que no hallo persona capaz de llenar el cometido.

Laur. ¿Tampoco entre los individuos del coro?...

Pep. Lo dudo. A no ser ese que viene ahí.

Alc. ¿Quién?

Laur. ¡Ah! ¡Calixto Conejo! El mejor, hombre, el mejor. ¡Digo, no había yo caído!

ESCENA II

DICHOS y CONEJO, por el ángulo izquierda

Conejo ¡Don Pepito, don Pepito!

Pep. ¿Qué traes, Conejo?

Conejo Digo, que tenemos una porfía en la cuadra, sobre si...

Pep. Bien; ya me lo contarás. Escúchame antes. ¿Tú ves este escrito?

Conejo Sí, señor.

ESCENA III

DICHOS y REBOLLÓ y FERREIRO, por la derecha

Reb. ¡Mi tiniente, mi tiniente!... A la orden.

Aur. ¿Qué ocurre?

Reb. El regimiento que ya está formao en la plasa.

(Las señoras y el Juez rodean a los militares.)

Laur. (A Pepito.) Que se nos va la ocasión, Pepito.

Pep. ¡Ah! Primero exánime. ¡Conejo!... ¡Vivo! (Vase precipitadamente por segundo término izquierda seguido de Conejo.)

Clem. (A Aurelio, muy apurada.) ¿Tan pronto?...

Con. Es muy temprano.

Ric. Es la orden y no hay más remedio que acatarla.

Amp. ¿Es que no daría lugar a desayunar antes?

Aur. Me temo que no, señoro.

Laur. ¿Ni a que el señor Lugín, haciéndose intérprete del sentir general, les dirija cuatro palabras de despedida?

Aur. Con mucho gusto serán oídas, si da tiempo.

Laur. Ya lo creo. (Llamando.) Pepito, dese usted prisa.

Reb. Digo, mi tiniente...

Aur. Marchad por las maletas.

(Los asistentes hacen medio mutis por el segundo término izquierda.)

Fer. ¿A qué te paras, Rebollu?

Reb. Pa verle de serca er físico ar tío que cantaba anoche las letanías.

Aur. (Aparte.) Te juro que a diario tendrás carta mía.

Clem. Y yo, que antes de tres meses, estaremos otra vez en Madrid.

Laur. Ya se acerca el señor Lugín; ahora vamos a oir un pico.

ESCENA IV

DICHOS y PEPITO LUGÍN seguido del CORO, que llevará formado militarmente

Pep. Uno, dos, tres; uno, dos tres. Ritmo, mucho ritmo. Apostura, mucha apostura.

Reb. Fíjate en er tío, home; fíjate en er tío.

Fer. ¿E qué pasa?

Reb. Que a eso se le amarra un jilo en la chaqueta y es un Nicanó. (Vanse por el segundo término izquierda.)

Pep. (Al Coro, que habrá formado en el lado izquierdo.) Os quiero perfectamente alineados... Saquen la región toráxica. Liborio, que me sacas la abdominal y hablo de la región toráxica. (Recalcando.) To... rá... xi... ca. (Volviéndose al concurso, una vez alineado el Coro.) ¿Pues?...

Laur. Hagamos un momento de silencio; va a hablar Pepito.

Pep. (Con fatuidad extrema, después de dar órdenes en voz baja a Calixto y de haberle colocado tras él con el pliego del discurso.) Bizarros, valerosos e invictos húsares. A vosotros, hijos del Cid, nietos de Pelayo y Asdrúbal, biznietos de Bernardo, consanguíneos de Daoiz y Velarde... yo os saludo. (Inclinando hasta el suelo la cabeza.) La Parca fiera solo podrá borrar de nuestras retinas la deslumbrante sí que también sublime visión de vuestra presencia en la planicie castellana, y que estereotipada hállase en mi encéfalo con el color intenso y luminoso que llevaron a sus lienzos inmortales los excelsos coloristas hispanos. (Murmullos de aprobación y ademán de don Laureano imponiendo silencio) Erase amanecer tibio y luminoso. La llanura mostraba galana el polícromo tapiz de sus flores; arrullaba el cielo... ¡Oh! (Dando con el pie a Calixto.) Que has saltado, Conejo. (Sigue su discurso.) Arrullaba la tórtola en celo en los vértices de los arbustos; musitaban las fuentes sus misterios de amores; balaban los rebaños; triscaban los corderillos; hendía el espacio el dulce son de bucólica flauta... y en el azul cobalto de los cielos mostrábase el Padre Febo derramando sobre la haz de la tierra sus rayos ígneos en cascadas de oro.

Todos ¡Bravo! ¡Muy bien!

Jueza ¡Hijo de mi alma! (Derramando una lágrima.)

Juez No te emociones, mujer.

Laur. Se suplica nuevo silencio.

Pep. (Con ademán doctoral.) Cascadas de oro. Súbitamente, las retinas auscultantes hacia Occidente, columbran en la lejanía el manchón de una nube grisácea que avanza rauda y que, como por arte mágica, vase colocando gradualmente hasta adquirir las tonalidades prismáticas. Es la gama brillante de los uniformes. (Dando con el pie a Calixto.) Es la gama brillante... (Nuevo pisotón a Conejo.) Es la gama...

Conejo (Echándose mano al pie dolorido.) Es que me he perdío. (En este momento óyese una «corneta de caballería» tocando botasillas, produciéndose cierta confusión en todos.)

Amp. ¿Qué toque es ese, señores militares?
Laur. ¿Qué significa?
Aur. Que ha llegado el momento en que, con harto pesar nuestro, tenemos que marcharnos.
Clem. ¿Pero tan de ligero?
Con. ¿Tan pronto?
Pep. ¡Hombre, qué lástima!
Aur. Señor Lugín, sentimos en el alma no poder seguir deleitándonos con su hermosa oración, que tanto nos honra; pero el deber...
Pep. Laméntolo en grado máximo; mas no he de dar por terminada tan espontánea oración sin hacer constar que doquiera os encontréis, ora entregados a Morfeo en el silencio de la callada noche, ora en el fragor de los combates...
Aur. (Mostrando impaciencia.) Perdón, señor Lugín.
Pep. Termino; sentiréis, con la caricia del blando céfiro, el ósculo de fraternidad que os enviamos los hijos del noble, muy leal, invicto, siempre invicto y vencedor pueblo villaconejense He dicho.
Aur. Bien, muy bien.
Laur. ¡Sublime! ¡Piramidal!
Jueza (Abrazando a Pepito.) ¡Hijo!... ¡Hijo de mi alma!
Clem. Muy bonito, sí, señor.
Aur. (Saludando en despedida.) Señoras .. señoritas... caballeros...
Laur. Señores tenientes: en este momento de la despedida creo deber recordarles que es deuda lo que se promete.
Amp. ¡Ah, sí! Los retratos.
Aur. En cuanto baje el asistente con la maleta les entregaré el mío.
Ric. Yo lo siento muchísimo; pero... ya lo dije antes: no he traído ninguno conmigo.
Con. ¡Qué falta de previsión!

ESCENA V

DICHOS, REBOLLO y FERREIRO

Reb. (Seguido de Ferreiro atraviesa la escena, pretendiendo marcharse por la puerta de la derecha, con una male-

ta grande cada uno.) Señores y señoras con Dios y muy agradecíos.

Aur. A ver, espera.

Reb. (Temblando visiblemente.) ¿Eso es a mí, mi tiniente?

Aur. Abre la maleta.

Reb. ¿La maleta?

Aur. Sí, la maleta.

Reb. ¿Que la abra?

Aur. Que la abras, sí.

Reb. Pero ¿esta maleta?

Aur. ¿Qué otra va a ser, zopenco?

Reb. (Registrándose los bolsillos.) ¡Josú!... verá usté, vera usté.

Aur. ¿Qué pasa?

Reb. Que se ha perdío la llave.

Aur. ¿Cómo que se ha perdido?

Reb. Como que se ha perdío, mi tiniente.

Laur. ¡Qué contrariedad, caramba!

Aur. Nada, fuerza la cerradura.

Reb. ¿Eso quié desí que la rompa?

Aur. Que la rompas, quiere decir.

Reb. Si yo me la encontrara... ¡digo!, aquí está. (Mostrando la llave.)

Aur. ¿Adónde tendrás tú la cabeza?

Reb. Es que se había metío aquí en un abujero. (Abre la maleta y aparece dentro una hermosísima gallina.) ¡Josú!... ¡Josú!... ¡Josú!... (A lo estentóreo de las exclamaciones repléganse todos, menos Aurelio, que se aproxima a la maleta.)

Aur. (Cogiendo la gallina y mostrándola en alto.) ¿Qué viene a ser esto?.. ¡A ver! (Con severidad.) ¡Rebollo! ¡Rebollo!

Reb. ¡Josú!... ¡En esta casa hay duendes, mi tiniente!

Aur. ¿Quieres decirme lo que significa esto?

Reb. Mi tiniente, yo me carculo... que debe ser un arma en pena en forma de gallina.

Aur. A ver cómo explicas su aparición dentro de la maleta.

Laur. (Intercediendo por Rebollo.) La explicaré yo, pues él tal vez no acierte a hacerlo.

Reb. Explíquelo usté, señorito; usté que sabe leé y escribí.

Laur. Es muy sencillo. Este animal...

Reb. A la orden.

Laur. La gallina; tiene la manía, desde que empezó a poner, de hacerlo dentro de una maleta vieja que tengo arrumbada en el cuarto donde han estado las suyas; el animal, al verlas abiertas, las ha confundido y se ha metido en ésta. Ha llegado el asistente aprisa, y sin reparar cerró la maleta... y, claro, así se explica...

Reb. ¿Pos sabe usté, señorito, que tiene usté mu mal enseñao el ganao?

Aur. Has tenido buen padrino. (Dale la gallina e inclínase a buscar la fotografía.)

Reb. Digo, señorito.,. ¿adónde suerto yo esta perdisión?

Laur. Te la llevas para que te la comas con el compañero, en castigo al susto que te ha hecho pasar.

Reb. Quite usté allá, señorito... ¡yo qué me voy a comé un animá con tan malas intensiones!

Laur. No seas tonto y llévatela.

Reb. Misté, me la llevo por no disle a la contra; pero con ésta voy a jasé un asesinato que va a salí en los diarios.

Aur. (A don Laureano; entregándole un retrato.) Vaya, deuda saldada.

Laur. Agradecidísimos, agradecidísimos.

Aur. De nada. Adiós, adiós a todos. (Apretones de manos y mutis por la derecha.)

Reb. Señorito, a vé si nos vemos por Sevilla arguna vé.

Laur. No me quisiera morir sin verla.

Reb. Pos jágalo usté cuando yo cumpla y le prometo que va a vé hasta los güesos de Colón. Vaya, salú. Di tu argo, esaborío.

Fer. E si tú has díchulu todu. (Mutis.)

Laur. Bien, bien; vayan con Dios.

ESCENA VI

DICHOS, a excepción de los militares.

Con. (A Clementina.) Vamos, cuéntame.

Clem. ¿No sabes acaso lo que yo pueda decirte? Y tú, ¿qué cuentas de Ricardo?

Con. Pues... lo mismo que tú.

Clem. ¡Hola! ¡Mira cómo lo callabas!

Con. Chica, sí; pero es el caso que los noviazgos así cuando media distancia...

Clem. Se hace por acortarla.

Con. A ti no te será difícil; tu papá tiene allá sus negocios, y al fin... pero el mío... a no ser que le nombraran alcalde de Madrid, estoy segura que no se mueve de aquí.

Laur. (Contestando a don Pepito, con quien habla aparte.) Airosísimo, sí, señor, airosísimo.

Pep. ¿Pero habré logrado conmover?

Laur. ¿No ve usté a su madre llorando a lágrima viva?

Jueza (Avanzando a su hijo para abrazarle.) ¡Hijo de mi alma!

Amp. (Que con el Juez y el Alcalde ha estado procurándose un sitio bueno para presenciar el desfile.) Ya, ya se aproximan. (Expectación en los circunstantes.)

Clem. A ver.

Laur. A ver.

Pep. (Desprendiéndose de los brazos de su madre, marcha al lado del Coro y le dice.) Oído, mucho oído; cadencia, muchísima cadencia.

Música

(Durante el número desfila la tropa por detrás de la verja o tapia. Sólo se verán los bustos. Aparecerán por la derecha, simulando el movimiento propio de los jinetes.)

Ya se marchan los soldados,
ya se marcha el escuadrón,
conmoviendo la llanura
con su bélico fragor.
Marte les prestó su aliento
infundiéndoles valor,
y así por siempre invencible
será la brava legión.
Ya se marchan los bizarros
llenos de extraño esplendor,
rebosantes van sus pechos
de bélico, patrio ardor;
que por siempre victoriosos
retornen a su región,

dando al viento de la España
el santo e invicto pendón.

(De los últimos en desfilar serán Aurelio y Ricardo, e inmediatamente los dos asistentes. Los tenientes saludaran con las manos, Rebollo mostrando en alto la gallina y los personajes del jardín agitando los pañuelos.)

TELON

NOTA

El baile del segundo cuadro fué puesto al estrenarse la obra, en la forma siguiente: Se colocan las dos parejas una frente de otra y empieza el baile, marcándose aquéllas un minué. Seguidamente, en tiempo de polca, colócanse las señoras frente al público, delante de los caballeros, que las cogen por la cintura, dando cuatro pasos a la derecha y cuatro a la izquierda; las señoras dan una vuelta por debajo del brazo del caballero, y después, agarrándose en forma corriente, dan otros cuatro pasos, encontrándose; y cambiando de pareja, sigue el vals, teniendo cuidado de concluir los cuatro personajes dando frente al público, para seguir en matchicha, que aunque es larga está dividida en varios bailes que son: pasodoble marchando, cake-vals, matchicha y cancán.—El maestro, *Joaquín Quiñones.*

Obras, estrenadas, de los mismos autores

A cara o cruz.—Entremés.

¡Truqui!—Entremés.

Tierra llana.—Zarzuela en un acto y tres cuadros. (1)

Los esclavos blancos.—Comedia dramática en dos actos.

Similiquitruqui.—Sainete lírico en un acto. (1)

El Pago de los Lobos.—Drama lírico en un acto y cuatro cuadros. (2)

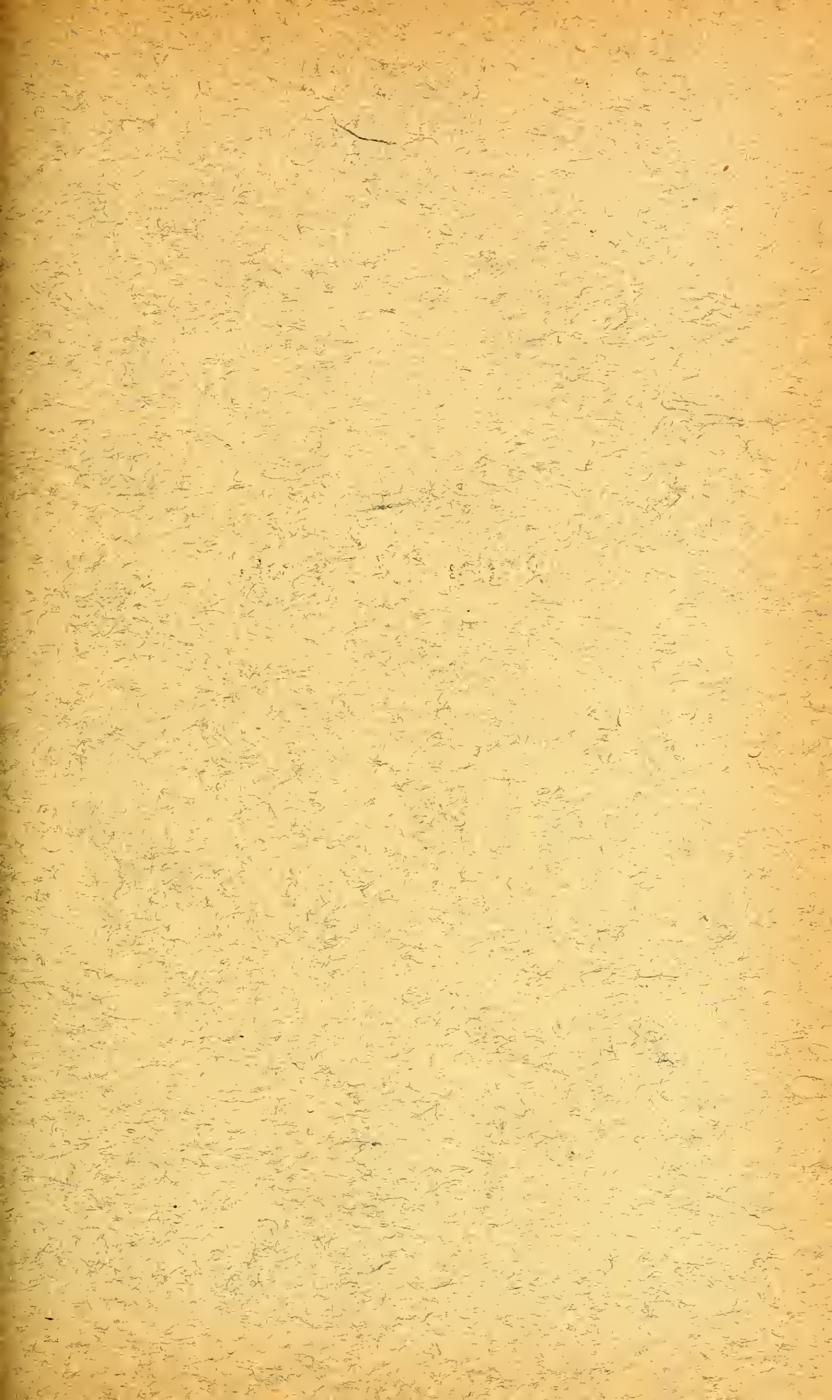
Húsares de la Princesa.—Zarzuela en un acto. (3)

---

(1) Música del maestro Prudencio Muñoz.

(2) Música de los maestros Salvador Martí y José Arroyo.

(3) Música del maestro Eduardo Fuentes.



Precio: UNA peseta